

gerida por el demonio; inútilmente Ahmed I manda destruir todas las tabernas y quitar el fondo á todos los toneles de Stambul; estériles fueron los esfuerzos de Murad IV, que recorre la ciudad acompañado del verdugo, para cortar la cabeza á los que encontraba bebidos. Él mismo, feroz hipócrita, se tambalea por los salones del Serrallo como cualquier *curdo* vulgar...

Y despues de él, la botella, pequeño y festivo diablillo negro penetra en los Serrillos, se esconde en las tiendas, se oculta en los bazares, se desliza bajo las almohadas de los soldados, fija su cabeza plateada ó grana bajo el diván de las bellas, y viola hasta los dinteles de las mezquitas y mancha con sus espumas sacrílegas las páginas amarillentas del Coran.

## MAHOMA.

En punto á religion, nunca pude, paseando por Constantinopla, arrancar de mi pensamiento la siguiente idea: si no se escuchase la voz del *muezzin* (1) ¿cómo advertiría un cristiano que la religion de este pueblo no es la suya?

La arquitectura bizantina de las mezquitas puede hacerlas pasar cómodamente por iglesias cristianas; del rito islamítico no se nota signo alguno exterior; los soldados turcos escoltan el Viático; un cristiano ignorante podría, pues, vivir durante un año en Constantinopla sin darse cuenta de que sobre la mayor parte de la poblacion reina Mahoma en vez de Cristo.

Este pensamiento, me llevaba siempre á aquello de las pequeñas diferencias sustanciales, de la

(1) Sochantre que anuncia las horas de la oracion, á los cuatro vientos, desde los alminares de las mezquitas. Su voz es siempre una glosa de la frase:—*No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.*



brizna de yerba que divide las dos religiones de que hablaban los abisinios cristianos á los primeros secuaces de Mahoma; así como á aquella pequeña causa, origen de la conversion de la Arabia al islamismo, en lugar de abrazar el cristianismo, ó si no el cristianismo propiamente dicho, una religion al ménos tan estrechamente afin, que confundiendo con él posteriormente, ó aun permaneciendo tal cual era, habría cambiado por completo la suerte del mundo oriental. Y aquella pequeña causa consistió en la naturaleza voluntariosa de un hermoso jóven árabe, alto, blanco, de ojos negros, de voz grave, de alma ardiente; el cual, no teniendo la fuerza necesaria para dominar sus propios sentidos, en vez de arrancar de raíz el vicio dominante de su pueblo, se contentó con podarlo; y que en lugar de proclamar la unidad conyugal, como proclamó la unidad de Dios, no hizo sino restringir en un círculo más angosto consagrado por la religion, la disolucion y el egoismo del hombre.

Cierto que se habría visto precisado á vencer una resistencia más fuerte, pero no es inverosímil creer que la habría vencido, él que consiguió echar por tierra un edificio enorme de tradiciones, de supersticiones, de privilegios, de intereses de toda especie estrechísimamente enlazados por los siglos para fundar el culto de un Dios único en un pueblo idólatra, haciendo aceptar entre los

dogmas de su religion, por la cual murieron millones de creyentes, un Paraiso, cuyo primer anuncio levantó en el ánimo de todo su pueblo un sentimiento de indignacion y de verdadero escarnio.

Pero el bello jóven árabe venció por sus ideas sensuales y cambió la faz de la mitad de la tierra, fundando en la poligamia su principal asidero, así como era al propio tiempo el vicio capital de su legislacion y la causa primera de la decadencia de todos los pueblos que abrazaron su fé.

Sin esta degradacion de un sexo en favor de otro; sin la sancion de esta terrible injusticia que turba todos los órdenes de los deberes humanos, que corrompe la riqueza, que oprime la pobreza, que fomenta la inaccion, la ignavia, la indolencia, el ocio, que enerva la familia, y que engendrando la confusion de los derechos de nacimiento en las dinastías reinantes, revuelve y perturba los palacios y los estados; que se opone, en fin, como barrera insuperable á la union de la sociedad musulmana, con la sociedad de otras religiones que pueblan el Oriente; si—volviendo á la primera causa—el hermoso jóven árabe hubiese tenido la desgracia de nacer un poco ménos robusto, ó la fuerza de vivir un poco más casto, ¡quién sabe! acaso ahora existiría un Oriente ordenado y civil, y andando el tiempo, quizá al cabo de un siglo, representaría la civilizacion universal.



## EL RAMAZAN.

Encontrándome en Constantinopla en el mes de Ramazan, que es el noveno mes del año turco, en el cual cae la cuaresma musulmana, veía cada noche una escena cómica que merece describirse.

Durante toda la cuaresma, se prohíbe á los turcos comer, beber y fumar, desde que sale el sol hasta que se pone. Casi todos pasan despues la noche de francachela; pero mientras hay sol, respeta la generalidad el precepto religioso, sin atreverse nadie á ninguna trasgresion pública.

Cierta mañana, mi amigo y yo fuimos á visitar á un conocido nuestro, ayudante de campo del Sultan, y jóven militar despreocupado. Lo encontramos en una sala del piso bajo del palacio imperial, con una taza de café en las manos.

—¿Cómo es esto?—le preguntó Yunk.—¿Cómo os atreveis á tomar café habiendo salido el sol?

El oficial se encogió de hombros y nos dijo que se burlaba del Ramazan y del ayuno; pero en



aquel instante se abrió la puerta, é hizo un movimiento tan rápido para esconder la taza, que se la echó encima.

Por este detalle se puede comprender hasta qué punto debe ser rigurosa la observacion de la abstinencia, especialmente en las personas que viven en medio de las gentes, como los barqueros. Dá gusto ir á verlos desde el puente de la Sultana Validé momentos antes de la puesta del sol. Entre los que están parados y los que reman, los próximos y los lejanos, se cuentan miles. Todos en ayunas desde el alba, rabiosos de hambre, y tienen preparada ya su cena en el barquichuelo, mirando alternativamente el trasponer del sol y la cesta de la comida; agitándose inquietos como las fieras enjauladas en los serrallos, durante los momentos de la distribucion de la carne.

La puesta del sol la anuncia un cañonazo. No se dá caso de que antes de aquel suspirado instante, ninguno coma ni un bocado de pan, ni beba un buche de agua, ni le pegue á un cigarro tres chupadas.

Alguna vez en un ángulo del Cuerno de Oro he incitado á comer á los barqueros que me conducían, pero siempre me han respondido: ¡jok, jok, jok! (no, no, no), señalando el sol con ademán timorato. Cuando el sol se ha ocultado, algo más de la mitad detrás de los montes, ya principian á cojer el pan, á palparlo y á mirarlo y á

olerlo con cierta voluptuosidad. Cuando no se ve sino un pequeño arco luminoso, los que están parados, los que reman, los que atraviesan el Cuerno de Oro, los que se deslizan sobre el Bósforo, los que bogan en el mar de Mármara, los que descansan en los senos y valles más solitarios de la orilla asiática, todos se vuelven hácia Poniente y permanecen inmóviles con la mirada en el sol, la boca abierta, el pan en la mano y la alegría en los ojos. Cuando no se ve ya sino un punto de fuego, los mil panes tocan ya las mil bocas.

Finalmente, el punto de fuego desaparece, retumba el cañon, y en el mismo momento treinta y dos mil dientes clavan en los mil panes mil enormes mordiscos; ¿pero qué digo mil? En todas las casas, en todos los cafés, en todas las tabernas, sucede en el mismísimo segundo, la mismísima cosa... y durante algunos minutos, la ciudad turca no es sino un mónstruo de cien mil bocas que muerde y devora.